

### 035. Eucaristía y salvación

La esperanza cristiana es un regalo que Dios nos ha hecho juntamente con la gracia del Bautismo. Y es un favor grande, muy grande, que nunca agradeceremos a Dios lo suficiente. Sin esta *esperanza*, nuestra vida podría convertirse en lo contrario: en una *desesperación* inaguantable. ¿Por qué?...

Porque todos tenemos planteado el problema de los problemas, como es el de la salvación, cifrado en esa pregunta angustiosa: *¿Me salvaré, o me condenaré?...*

Eso será muy cierto. Sin embargo, este problema deja de ser problema cuando se vive intensamente la esperanza cristiana mirando a la Eucaristía. Porque nos dice el Señor:

- *Yo soy el pan de la vida. El que coma de este pan vivirá eternamente. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día* (Juan 6,48-58)

Para vivir sin angustias sobre la salvación, ¿no podemos preguntarnos a ver si ponemos una condición tan sencilla como es recibir al Señor en la Sagrada Comunión?

Margarita María, Santa moderna con tanta influencia en la espiritualidad de la Iglesia, decía:

- *¿Qué dulce es morir después de haber profesado una tierna devoción al Corazón de Aquel que nos ha de juzgar!...*

Y la mejor manera de vivir esta devoción salvífica es la recepción frecuente de la Comunión.

La fe de la Iglesia en la resurrección gloriosa para los que han recibido siempre a Jesucristo en el Sacramento, está confirmada con multitud de ejemplos estimulantes.

Así, en un San Juan de Avila. Moribundo, le ofrecen celebrar ante él la Santa Misa para recibir en ella el Viático del Señor.

- *¿Y qué Misa quiere que digamos? ¿La de la Virgen, a quien ama tanto? ¿La de la Eucaristía, de la que ha sido tan devoto? Y el Santo, con viveza: ¡No, no! Yo quiero que me celebren la Misa de la Resurrección, porque la tengo segura y ya casi la estoy tocando.*

Todos los que le rodeaban entendieron la lección, como si dijera:

- *Me he alimentado siempre de la Comunión, y la palabra del Señor se cumple: Yo lo resucitaré en el último día.*

Ésta ha sido siempre la fe de la Iglesia: Que Jesucristo está presente en el Sacramento para ser el alimento de la vida divina en nosotros y como prenda de nuestra futura resurrección y salvación definitiva.

Los Doctores más insignes nos han expresado esta fe inquebrantable en el poder salvador de la Eucaristía.

Podríamos traer montón de testimonios, seleccionados entre los grandes escritores de aquellos primeros siglos de la Iglesia.

Uno, que fue discípulo de los Apóstoles:

- *Partimos un mismo Pan, que es medicina de inmortalidad, contraveneno para no morir, medio para vivir siempre en Cristo Jesús* (San Ignacio de Antioquía)

Otro, también enlazado con los Apóstoles:

- *Nuestros cuerpos, recibiendo la Eucaristía, no son corruptibles, sino que poseen la esperanza de la resurrección* (San Ireneo)

Uno más: *Al recibir la Comunión eres cielo, y al Cielo irás* (Orígenes)

Y otro, conocido por sus famosas catequesis:

- *Quien come el Cuerpo sagrado de Cristo posee vida eterna. Porque este Cuerpo contiene al Verbo, al Hijo de Dios, que es vida por naturaleza.* Es un imposible comer la Vida y morir (San Cirilo de Alejandría)

Añade uno más: *¿Cómo puede morir aquél cuyo alimento es la vida?* (San Efrén)

Todo esto que decimos sobre la Eucaristía y la salvación es un proceso que no sufre interrupción.

*Quien come a Cristo, se llena de gracia;*

*quien tiene la gracia, posee la vida de Dios;*

*quien posee la vida de Dios, tiene ya la vida eterna;*

*quien tiene la vida eterna, no puede permanecer muerto para siempre en el sepulcro.*

*Ni el alma se puede perder, ni el cuerpo quedar sin resucitar.*

*El que comulga, fatalmente tiene que resucitar un día.*

Una antífona de la Liturgia nos lo repite continuamente y de la manera más bella, cuando se nos da la Comunión fuera de la Misa:

- *¡Oh sagrado convite, en el cual nos comemos a Cristo! Recordamos su pasión, el alma se llena de gracia, y se nos da la prenda de la gloria futura.*

Otro Santo y Doctor de la antigüedad cristiana se lo dice a Cristo en oración ferviente:

- *En tu Sacramento te abrazamos cada día y te recibimos en nuestros cuerpos. Sé Tú, Señor, el ala de nuestros pensamientos, para que volemos ligeros por el aire y seamos trasladados por alas a nuestra verdadera mansión. Escondemos tu tesoro en nuestros cuerpos con la gracia del Bautismo, y ese mismo tesoro se aumenta en la mesa del Sacramento. Concédenos alegrarnos en tu gracia. Tenemos tu memorial, Señor, en nuestra persona, recibido de tu mesa. ¡Que lo poseamos sobre todo en realidad cuando venga la futura resurrección!*

Nos hemos preguntado al principio: *¿Miedo al problema de la salvación?...*

Los que vivimos la fe católica —enraizada en la Palabra misma del Señor y en el testimonio irrefutable de los Apóstoles, con palabras que están todas en la Sagrada Biblia—, los que comulgamos con esta fe, vivimos de una esperanza cierta, segura, que no falla...